

Julia la acompañó hasta el aposento que se le habia designado, y se despidió afectuosamente de ella.

Adelina halló asilo en el cuarto de su hermana.

Julia y su esposo se retiraron á su habitacion. Allí la jóven se acercó á su marido para abrazarle, como si hubiera deseado consolarle de su pasada humillacion.

—¡Déjame! le dijo Diego rechazándola: hoy no me siento bueno y deseo dormir.

Acostóse, dicho esto; pero Julia, que no durmió, le oyó suspirar en su lecho con hondo y reprimido dolor.

LIBRO SEGUNDO.

I.

LA DISCÍPULA.

En una de las frias mañanas de Noviembre de 1875 atravesaba una jóven con rápido paso la calle de San Honorato.

Eran las diez, y el cielo, plomizo, estaba preñado de nieve; soplabá un viento helado, y sólo se veían por las aceras las gentes que iban á sus negocios, cruzándose en ellas con apresuramiento.

Los hombres iban abrigados con gruesos gabanes ó sobretodos, cuyos cuellos subían hasta sus orejas: las mujeres envueltas en sus chales de abrigo ó en sus capas, y llevando caidos delante del rostro los velos de sus sombreros.

Sin embargo, ellos y ellas dejaban paso á la jóven de que ántes he hablado, y que marchaba tan rápidamente como se lo permitía la gran afluencia de personas que, á pesar de lo crudo del dia, llenaba aquellas populosas calles.

Razon habia para ello; era la aparicion de una dolo-

rosa enfermedad del espíritu, bajo las más dulces y poéticas formas que puede presentar la materia.

Nosotros ya la conocemos; se llamaba Julia de Blafort: ya sabemos que contaba veinte y tres años y que estaba casada hacía seis; sin embargo, sólo aparentaba diez y ocho, y había en toda su figura algo tan puro y diáfano, tan casto é inocente, que se hubiera dicho que aún no tenía ni había conocido dueño.

Su estatura, que, como ya dije ántes, llegaba apenas á mediana, era esbelta en extremo; sus formas tenues y ligeras, pero mórbidas, como si en ellas se hallasen aposentadas todavía las gracias de la infancia: daba pena verla fijar en el helado pavimento sus menudos piecicillos, calzados con unos botitos de saten, más propios de los días del estío que de aquella rigurosa estación, y además zurcidos en mil partes.

Llevaba un vestido usado y deslucido, de seda oscura; uno de los vestidos de la época feliz en que se unió á Diego y era amada de él, y que, á fuerza de cuidarlo, había llegado hasta tan remota fecha.

Sobre el traje tenía puesta una manteleta de entretiempo, ineficaz del todo para preservar su pobre espalda y su delicado pecho del rudo frío que reinaba; por último, cubría su cabeza un sombrero negro, de moda ya pasada, pero conservado y arreglado con un esmero admirable.

Este sombrero no tenía velo y dejaba ver dos bandas espesas y ondeadas de cabellos rubios, una frente pura y espaciosa, dos grandes ojos azules, de triste pero dulcísima mirada, y unas mejillas blancas y transparentes como el nácar.

Por debajo del sombrero se veían algunos rizos rubios, que el viento mecía, y que, á pesar de su furor, no podía deshacer.

Sin embargo de su traje, que era, más que modesto, mísero, había algo en aquella jóven de noble, de elevado, de distinguido y encantador: era imposible, después de haber fijado en ella una mirada, confundirla con una mujer vulgar, y se conocía que residía en ella alguna cosa que la enaltecía y la separaba de la generalidad de su sexo.

Llevaba un cuello blanco y liso, de extraordinaria blancura; mangas iguales y guantes usados, que, á pesar de haberse ensanchado á causa de sus continuados servicios, dejaban adivinar una mano pequeña, fina y encantadora.

Su semblante estaba muy triste: aquella preciosa carita, tan graciosa, tan suave, tenía el sello de un desaliento profundo; y sin embargo, ¡cosa extraña! á través de los rudos dolores de la vida, que se habían grabado en aquellas plácidas facciones con imborrables caracteres, la luz pura del alma grande, noble, santa, que sale victoriosa de todas las pruebas con el auxilio de Dios, las alumbraba y les conservaba toda la calma y toda la frescura de la inocencia y de una conciencia tranquila.

Todos los jóvenes le decían algunas dulces frases al pasar: todas las mujeres tenían para ella una mirada benévola: una cortesana, cubierta de encajes, que se cruzó con ella, se apartó con respeto y le cedió el paso, humillando sus ojos centelleantes y atrevidos ante la azul y diáfana mirada y el humilde aspecto de Julia.

Esta no reparaba en tan elocuentes muestras de simpatía: su angelical figura tenía la virtud de separar de cuantos la miraban los pensamientos impuros, y todas las galanterías que se le dirigían tenían un carácter decoroso y comedido, que no lastimaba sus castos oídos.

Siguió su camino, y llegó pronto al fin de la espaciosa calle, casi solitaria en aquel lado, y en la que se elevaban grandes y suntuosos edificios. Julia consultó unas señas que llevaba escritas en un papel, y se detuvo ante un espléndido palacio, en cuya puerta estaba sentado un hombre con librea, de aspecto desdeñoso y socarrón.

—¿Vive aquí el señor Conde de Montalvan? preguntó Julia con su dulce acento, á un tiempo vivaz y adormecido, como el de todas aquellas personas de gran poder intelectual y de escasas fuerzas físicas.

—Aquí vive, respondió el portero midiendo á Julia de alto abajo con una mirada insolente y sin levantarse de su silla ni descubrir su cabeza.

La jóven, sin decir nada más, entró en el patio y se dirigió á la escalera.

—¡Eh, jóven! ¡pues me choca el atrevimiento! gritó el portero, que esta vez se levantó para ir en persecucion de Julia; ¿á dónde va V.?

—Me esperan arriba, respondió ella con suavidad y firmeza, pero deteniéndose algo atemorizada ante aquel hombre brutal é insolente.

—Pero ¿quién la espera á V.? ¿se puede saber?

—Me esperan el señor Conde y su hija.

—¿La señorita Amanda?

—Creo que se llama así.

—Pero ¡si se levanta á las doce y son apénas las diez y media!

—A esta hora he sido citada.

—Espere V. aquí; que voy á ver si es cierto.

La pobre Julia, avergonzada, confusa de verse de pié en el patio y expuesta á las miradas de los que pasaban por allí, que aunque no eran muchos por aquella parte de la calle, esto hacía más peligrosa su soledad, se refugió al lado de la escalera, yerta de frio y abrigándose lo mejor posible con los pliegues de su ligera manteleta.

A los pocos instantes se oyeron de nuevo los pasos del portero, que bajaba la escalera; llegó éste á donde estaba Julia y le dijo con aspereza:

—Pase V.; ¡con haberme dicho que era la maestra de pintura de la señorita, hubiéramos acabado ántes!

Julia no respondió una palabra, y empezó á subir la escalera con el corazón oprimido por una timidez invencible.

Hallóse en un espacioso vestíbulo, y allí, un criado más cortés ó más advertido que el portero le rogó que le siguiera.

Julia atravesó una larga serie de aposentos, todos grandes y amueblados con esplendidez, y llegó por fin á uno cuya puerta desaparecía bajo una cortina de seda, que levantó el criado, anunciando en voz alta:

—La maestra de pintura.

Dejó, dicho esto, caer la cortina, y Julia se halló ante una jóven que estaba como hundida en un cómodo anchuroso sillón.

Un vivo sonrosado sustituyó en las mejillas de Julia á la palidez que ántes las cubria : el contraste que el lujo de aquella estancia formaba con sus humildes vestidos no podia ser más doloroso.

Era un gabinete bastante espacioso, tapizado de damasco color de lila con pequeñas flores blancas en relieve, de un colorido fresco y encantador : los muebles, dorados y forrados de seda del mismo color de los tapices, eran en extremo suntuosos : grandes jardineras llenas de flores animaban aún aquella risueña y espléndida estancia, donde parecían haberse aposentado las hadas protectoras de la riqueza y del fausto : á traves de unas puertas de cristales, mal cubiertas por cortinas de seda y muselina blanca de la India, se veia el gabinete de tocador más lindo y más delicioso que pudiera soñar una novia : el espejo era una luna de Venecia ovalada y encerrada en un marco de plata prolijamente labrado de pájaros y flores : las colgaduras de la mesa tenian viso rosado y estaban recogidas con lazos de cinta tambien color de rosa ; sobre este trasparente caian amplios pliegues de batista bordada, ligera y suave como la espuma del mar.

Aquí y allá, en una y otra estancia, se veian juguetes de china, de oro, de plata, de laca y de marfil : la puerta del tocador permitia contemplar dos de esos admirables armarios de sándalo con incrustaciones de bronce y concha, obras cuya fecha se pierde en la noche de los tiempos, y que fueron hijos felices de la fantasía de algunos sublimes genios ; obras que se pagan á un precio fabuloso, y cuyo mérito sólo pueden apreciar dignamen-

te las personas de un gusto delicado y de una gran inteligencia.

Como accesorio principal de este cuadro deslumbrador, estaba la jóven de que ántes hablé : sin duda que su tio, el pobre viejo y austero pintor Pablo, tenia una idea equivocada del semblante de aquella jóven al decir que era muy fea ; igual error debió padecer su padre al afirmar que sólo tenia veinte años : su edad era algo mayor, y su fealdad no era tanta como la que Julia le habia atribuido despues de leer la carta de su maestro.

Aparentaba Amanda, que éste era su nombre, segun sabemos ya por la carta de su tio, unos veinticinco años : si su fealdad habia sido extrema algunos ántes, la naturaleza, compadecida de su rigor, habia querido enmendarlo en lo posible, segun algunas veces acontece : su tez era algo basta y señalada de viruelas, ademas de ser muy morena ; pero sus ojos, grandes y negros, tenian una admirable expresion de tristeza altiva y algo dura, resto sin duda de aquella amargura que deja en el alma la deformidad del rostro.

Su nariz era levantada é irregular, pero no desagradable ; su boca, grande, de labios delgados, era severa, pero no mal formada ; su frente, estrecha por su medio, se ensanchaba por los lados en grandes entradas, con aquella austeridad de la gran facultad de pensar : era alta y delgada, con piés y manos que correspondian á su estatura.

Lo más desagradable en aquella jóven eran sus grandes y pobladas cejas de color de castaña, que se unian formando un pico en el arranque de su nariz, y sus cabellos,

excesivamente espesos, de un color grasiento y oscuro, y que llevaba peinados y recogidos detras, sin pretension alguna.

En todo su traje reinaba á la vez un lujo extremado y un extremo abandono y desden de sus mismos atavíos; levaba puesta una bata de cachemira azul claro, que hacia un fatal contraste con su cútis grueso, moreno y encendido : un cordon de seda azul, que remataba en grandes borlas, ceñia su talle descuidado, y que no hubiera sido pasable ni áun tratándose de una mujer gruesa : sobre sus cabellos llevaba una pequeña cofia de encaje blanco de gran valor, anudada bajo la barba con una especie de dejadez despreciativa.

Julia al verla se sintió á un tiempo sobrecogida y helada : era una sensitiva que se replegaba con sólo una mirada, y el aspecto de aquella mujer le hacia daño.

Como ya he dicho, Amanda estaba casi acostada en su gran sillón dorado, colocado de espaldas al balcón ; al ver á Julia ni se incorporó siquiera, y contestó á la inclinacion de la jóven con un leve movimiento de cabeza; luégo paseó sobre aquella bella y delicada figura una mirada acre é inquisitorial, y preguntó :

—¿Es V. la maestra de pintura de quien mi padre me ha hablado?

—Creo que sí, señorita, respondió Julia bajando los ojos con una timidez en que habia mucho de doloroso.

—¿Se llama V. Julia Rivas?

—Ese es mi nombre.

—¡Es V. tan jóven! dijo Amanda mirándola con aire

á un tiempo socarrón y amargo : ¡ vamos á parecer, V. la discípula y yo la maestra!

—¿Y qué, señorita, hemos de dar acaso la lección delante de gentes?

—No, no por cierto; pero yo estoy en ridículo á mis ojos con una maestra como V.

—En ese caso, señorita, lo mejor es que me retire, dijo Julia saludando á la jóven y dando un paso hácia la puerta.

—¡Espere V.! gritó Amanda con impaciencia : ¡ es V. muy susceptible, á lo que veo!

Julia se detuvo y volvió hácia Amanda, sus ojos llenos de lágrimas.

—Porque sea V. pequeña y muy jóven no ha de dejar V. de tener un gran talento, prosiguió la hija del Conde.

—No soy tan jóven como V. cree, señorita, dijo Julia con una sonrisa dolorosa; tengo ya veintitres años.

—¿Veintitres años?

—Ya los he cumplido.

—¡Tres más que yo! dijo Amanda, que tenía dos más que Julia : parece imposible que V. cuente esa edad; pero casi me alegro de eso : ¿ cuándo quiere V. empezar á darme lección?

—Yo creí que íbamos á empezar desde hoy.

—¡No, no! hoy no estoy buena, y además tengo ocupaciones : hemos recibido carta de un primo mio que viene de Madrid despues de haber estado en Roma, y le recibimos aquí, en casa.

El corazón de Julia palpité violentamente al oír estas

palabras : el Conde no tenía más que un sobrino, Rafael, que era el hijo de D. Pablo, su único hermano. Aquel Rafael, que estaba destinado para esposo suyo, y que sin duda había estado buscándola en Madrid á su vuelta de Roma.

Amanda prosiguió :

—Desde mañana, pues, empezará V. á trabajar, pero no dándome lección : quiero que haga V. mi retrato para regalárselo á mi primo el día de mi cumpleaños, que es pronto ; á V. le será igual ocuparse en darme lección que en pintar, pagándole sus honorarios, ¿ no es cierto ?

—Sólo deseo complacer á V., señorita, repuso Julia con voz ahogada.

—Entonces, adios por hoy, señora, dijo Amanda haciendo con la mano una señal de despedida : mi primo debe llegar de un instante á otro y tengo que ir á mi tocador ; hasta mañana.

Julia se inclinó en silencio ; la angustia que le oprimía el pecho no le dejaba articular una palabra.

Levantó la cortina con mano trémula y salió de la habitación de Amanda, sin que ésta se moviese de su indolente y cómoda postura.

Julia atravesó sola aquella larga serie de suntuosas habitaciones, que poco ántes había cruzado precedida de un criado, y llegó al vestíbulo : allí estaban los mismos lacayos que á su entrada, y dos ó tres más que ella no había visto ; éstos preguntaron á aquéllos que quién era la jóven, porque les oyó responder con acento despreciativo :

—La maestra de pintura de la señorita.

Algunos de ellos, los más atrevidos sin duda, llegaron á hacer corro alrededor de la jóven, impidiéndole el paso y diciéndole requiebros. Julia se volvió con el rostro encendido como la grana, y gritó, echándose hácia atrás con un ademán de soberano desden :

—¡ Insolentes !

—¡ Calle, pues no se las echa de princesa con su traza de pobre vergonzante ! dijo uno de ellos.

—Mal sientan esos humos con ese vestido raído, niña, añadió otro.

—¡ Y con esa manteleta de verano !

—¡ Y con ese sombrero, que probablemente sería de su señora madre !

Aquella canalla—pues todos los lacayos, áun los más pacíficos, se habían reunido en derredor de la jóven para insultarla—se hallaba tan absorta en su infame tarea, que no oyó parar un carruaje á la puerta : con los semblantes iluminados por una malvada alegría iban todos estrechando cada vez más el círculo que oprimía á la desgraciada Julia, que, no ya encarnada de vergüenza, sino pálida de terror, se había arrimado de espaldas á una de las paredes del vestíbulo y se estrechaba cuanto le era posible, temblorosa y palpitante como una paloma rodeada de milanos.

—¡ Socorro ! gritó con voz ahogada por las infames risas de los lacayos.

Uno de ellos, grueso y rollizo, de fisonomía brutal y rubicunda, pasó su gruesa mano por detras del delicado talle de Julia : á esta presión la desdichada recobró toda su energía, se enderezó y repitió con voz más entera :

—¡Socorro!

—¿Qué es eso? preguntó una voz grave y sonora de tras de los lacayos.

Volviéronse algunos de ellos y vieron á un jóven hermoso y pálido, vestido de viaje, que examinaba el grupo con curiosidad.

—¡El sobrino del señor Conde! murmuró uno separándose confundido.

Todos los demas le imitaron y quedó á la vista del viajero la dulce figura de Julia, descompuesta y lívida de terror y de angustia.

—Perdon, señor, dijo uno de los lacayos: estábamos aquí de órden del señor Conde para esperar la llegada de usted y no le hemos oído.

Rafael, pues éste era el recién llegado, no oyó estas palabras, porque tuvo que correr al socorro de Julia: la desgraciada, libre ya del círculo vil que habian formado en derredor suyo los lacayos, habia caído al suelo, embargada por un desmayo profundo.

El viajero la levantó en sus brazos, y al hacer este movimiento cayó al suelo el sombrerito negro de Julia; desprendiéronse sus cabellos como una madeja de oro, é inundaron su rostro y su espalda, robando sus facciones á la vista de su salvador.

—Pero ¿qué es esto? ¿quién es esta jóven? ¿cómo se atreven ustedes á insultarla así? preguntó Rafael severamente.

—Es, dijo uno de los lacayos, la maestra de pintura de la señorita.

—Una maestra que debe valer bien poco, añadió otro,

porque la señorita la ha despedido, sin duda, sin dar lección: así se puede imaginar por el poco rato que ha estado.

—¿Y es ése motivo para faltarle al respeto? ¡llamen ustedes á mi tío! ¡al instante!

Julia abrió en aquel momento los ojos, como si algun secreto terror disipase las nieblas de su desmayo.

—¡No, no! dijo: ¡que no llamen á nadie!..... me voy..... ¡quiero irme á mi casa!.....

Y echando atrás con mano trémula los rubios rizos que le inundaban el rostro, se incorporó en los brazos de Rafael y fijó en él una mirada llena aún de terror y de angustia.

—¡Julia! exclamó el viajero al fijar sus ojos en la apenada fisonomía de la jóven; ¿es ésta Julia Rivas, ó me engaño yo?

—No, respondió la jóven; soy Julia Rivas.

—¡Es posible!

—¡Ah! ¡Por favor, caballero, haga V. que yo pueda volverme á mi casa!

—Ahora mismo, respondió Rafael, que miraba aturdido á la jóven: aún está abajo el coche que me ha traído desde la casa de postas; él nos llevará, porque yo deseo acompañar á V.

Al decir estas palabras, presentó el brazo á Julia con grave cortesía; ésta, que ya se habia puesto de nuevo su sombrero, se apoyó en él y bajaron la escalera.

—¿Sabeis lo que me parece? preguntó á sus compañeros uno de los lacayos.

—Será probablemente lo mismo que á mí, respondió

otro de sus compañeros : que vamos á ser despedidos todos.

—¿Quién lo duda? El señor Conde llevará ahora en palmillas á su sobrino.

—Sí, para que se case con la señorita.

—Con la cual nadie ha querido cargar, á pesar de que ya se va haciendo vieja.

—¡Es que es muy fea!

—¡Horrible!

—¡Más feo es su genio!

—¡Es perverso!

—Como que nadie ha querido casarse con ella á pesar de ser tan rica.

—Pero ¿eso qué nos importa? Lo urgente es conjurar la tormenta que se nos prepara.

—¿Qué es conjurar? ¡Si nos despiden, nos vamos!

—¡Claro está! ¿Nos han de faltar casas?

—Lo que faltan son criados.

—Yo era de opinion que nos fuéramos ántes de que nos despidiesen : personas de nuestra importancia no deben ni sufrir, ni esperar un desaire.

—¡Es verdad!

—Pues vámonos.

—¡Vámonos! ¡ayer nos pagaron el mes!

—Yo me quedo, dijo gravemente uno de los domésticos.

—¿Te quedas?

—Sí, me quedo y haré mejor negocio que marchándome como vosotros.

—¿De qué modo?

—Contando á la señorita ciertas cosas.

—Pero, ¿qué le vas á contar?

—Todo lo que ha pasado aquí : que su primo recibió en sus brazos á la maestra, que se puso un poco mala; que la miraba con mucho afán y la llamó Julia á secas; que se fué á acompañarla.....

—¡Bravo! ¡cuando yo digo que tú sabes mucho, Benito, y que llegarás á ser algo!

—Estoy por hacer como tú y no irme.

—Oyes, es que esto sólo servirá para mí, que lo he pensado; ¡tengo el privilegio de invencion! Los demas no os podeis salvar con mi ingenio.

—¡Es verdad!

—¡Ea! idos y yo me quedaré : es muy justo : si algun dia puedo, volveré á daros entrada en la casa.

Todos los criados se internaron en las habitaciones cabizbajos y silenciosos, y el que se habia determinado á quedarse se puso á pasear gravemente por el espacioso vestíbulo, con el aire más sereno y honrado del mundo.